

# MUERTOS A CREDITO: AMERICO CASTRO Y PIO BAROJA

Basta con leer un par de novelas inglesas para percatarse de que las gentes de aquellas islas mantienen una relación múltiple, variada para con los muertos. En España la muerte también es tema rico en figuras, pero en cambio nuestro comportamiento con los muertos tiende a ser monótono, esto es que suena en una sola cuerda, la del provecho. Hay muertos que llamaríamos mayoritarios y que, dada la actual situación española en la que la mayoría es siempre sólo media mayoría, no alcanzaron en vida otra vigencia que la de ser cifra o bandera de rencillas mezquinas o trágicas, caso este último en el cual la rencilla cobra el tamaño del país entero. Lo piadoso sería dejar a esos muertos seguir muriendo, pero en lugar de ejercer esa piedad, como las rencillas duran mucho entre nosotros, los traemos y los llevamos como carnales de nuestras ambiciones, poniendo así aún más al descubierto la real inanidad de sus vidas, coloreándolos a destiempo, con un estilo que no es el que correspondería a sus estampas y que por eso mismo las torna desamparadamente grotescas. Sobran los casos concretos para que podamos aquí citar alguno.

Los muertos que, por el contrario, murieron en minoría son más

duros de pelar. La reciedumbre moral de sus vidas favorece la rigidez de sus cadáveres históricos. Se trata naturalmente, en último término de recuperarlos para todo aquello con lo que estuvieron en desacuerdo palmario. En una tierra que es de algunos, terminará por erigirseles un monumento a ellos; que quisieron esa tierra para todos. Y en los homenajes suficientemente póstumos, serán las palabras consignas y ademanes los gestos... Pero a pesar de todo, la deformación se hace muy cuesta arriba. Hay, por tanto, que comenzarla con insidias graduales, confundiendo algún dato, desentonando el comentario necrológico, encizajando al muerto con hombres de su borde, operaciones todas ellas no tan conscientes como bien asentadas en el inconsciente colectivo.

Hace unos días ha muerto Américo Castro. Su obra (su apasionada vida) está dedicada a desentrañar el problema de España a través de las viduradas de unas determinadas minorías. Don Américo, como todo hombre de bien, se murió de sí mismo y siendo él mismo hasta sus últimas horas. El día de su fallecimiento escribió la nota siguiente: «La verdad de una creencia indemostrable está en razón directa del número de los que creen en ella (en Es-

paña: de los que hacen como que creen en ella, porque no pueden decir que no creen)». España fue, pues, su viático. Y, sin embargo, la noticia de agencia de prensa que nos comunicó su muerte hace de él un «historiador brasileño nacionalizado en Norteamérica». Es cierto que Castro nació en Brasil, en donde sus padres, españoles, se encontraban a la sazón gestionando asuntos comerciales. Y como españolito de cuatro años, a quien un día «una de las dos Españas helaría el corazón», regresaría a la Granada familiar. La ciudad brasileña de Cantagalo dio su nombre a una de sus calles por aquellos cuatro años de residencia accidental. Nosotros, por si acaso, enturbiamos su origen, no vaya a ser que no nos guste lo que diga sobre España, que estará dicho entonces al fin y al cabo por un «extranjero». Si es verdad que Castro tenía nacionalidad norteamericana, pero por razones tremendamente españolas. En un artículo necrológico parece ignorarlo José María Pemán, que comenta que don Américo era un exiliado «con veraneo y con divisas». Las divisas, don José María, eran honorarios altísimos, pagados por una labor docente, no por otras, que merecían igualmente altísima estima. Y además no llegaron desde el primer momento

del exilio, años en que usted, él no, podía disfrutar de esas «costas, las de Levante; playas, las de Lloret»; que cita usted en su artículo un poco chirriantemente, ya que los aires zarzueleros le van poco a un historiador como Castro. Guarde usted esas citas, don José María, usted que acierta de veras con los matices, para devaneos sobre autores de otros géneros.

Es bien sabido que entre Castro y Claudio Sánchez Albornoz ardió, y fue magno incendio, la polémica científica. Pero no por ello o, mejor dicho, por ello precisamente, ya que creíamos que la ciencia ennoblecía, dejó de sorprendernos que, todavía sin tierra el despojo de don Américo, aprovechara Sánchez Albornoz las páginas de «ABC» para adobar en un par de frases sentimentales y condescendientes asechanzas a la catadura moral del muerto y a la consistencia de sus saberes. Otro era el momento, y hasta el lugar, para la discusión historiográfica. Claro que no muchas fechas antes el actual Presidente de la República española en el exilio vertía en las columnas del mismo diario, que, según se sabe, nunca fue republicano, toda una sarta de lindezas acerca de don Manuel Azaña. Lástima que tales declaraciones no las haya leído el lector

La película de hoy es uno de esos espectáculos ante los que la gente dice: «Es para echarse a llorar». No quiere decirse con ello que la película sea necesariamente «de llorar», aunque el tema es de suyo triste. Es «de echarse a llorar» porque ver actuar al protagonista produce un irrefrenable sentimiento de «vergüenza ajena» y un deseo de no seguir viendo lo que se está viendo ni escuchando lo que se está escuchando. Creo que fue don Antonio Machado, por boca de Juan de Mairena, el primero que entre nosotros habló de este sentimiento que nos hace avergonzarnos de los actos de los demás. Su descubrimiento es relativamente moderno, y aunque son muchos los que lo conocen e identifican, no ha alcanzado, digamos, la popularidad suficiente para que se pueda aludir a él sin más explicaciones. Esa íntima desazón, ese sonrojo que, sin responder a ningún otro de los sentimientos conocidos, se experimenta ante determinados actos de los demás es lo que se llama «vergüenza ajena», la vergüenza que uno calcula que experimentaría si estuviera obrando como obra o ha obrado el otro. La que uno supone que deberían sentir —aunque no la sienta— el que está actuando de esa forma. Y a lo que iba. Esta semana he experimentado el sentimiento que estoy describiendo al leer un artículo de periódico, un artículo publicado en la revista «Destino» (número 1.820) por el novelista J. L. Castillo Puche, con el título de «Algunas verdades sobre la muerte de don Pío».

Como el lector recordará, TRIUNFO publicó hace un par de meses (número 505) un capítulo del libro «Los Baroja», de Julio Caro Baroja, editado por Taurus, precisamente el capítulo titulado «Muerte sobre muerte», que recoge los recuerdos del autor en torno al fallecimiento de sus tios, primero Ricardo y luego Pío Baroja. Es contra el contenido de este capítulo que se dirige el artículo de Castillo Puche con sus anunciadas, ya en el título, «Verdades». El articulista insiste varias veces en el hecho de que ha leído el capítulo en TRIUNFO, como si tuviera interés en manifestar un cierto desdén por el libro editado por Taurus. No dice conocer el libro sino por la publicación del capítulo en la revista. Pero, además, parece querer implicar a TRIUNFO, o al menos esto se desprende de su insistencia, en las afirmaciones



## «ALGUNAS VERDADES» SOBRE CASTILLO PUCHE

del libro. Si es así, debo decir que como colaborador de esta revista, y creo poder decir que no soy el único en pensar así, constituye un motivo de orgullo la publicación en sus páginas del emotivo relato que Julio Caro ha hecho de la muerte de don Pío Baroja. Dudo que mi sentimiento fuera el mismo si mi revista hubiese dado hospedaje a las mencionadas «Verdades» de Castillo Puche, y no me oculto de decir que mi «vergüenza ajena» se refiere tanto al huésped como a la hospedada. Pero vayamos al caso. Y es que toda la indignación de Castillo Puche parece derivarse del hecho de que Julio Caro le regatea, según él dice, ciertos méritos que califica de «históricos». Según Castillo Puche, Caro procede a una «astuta eliminación histórica» de su nombre en el episodio de la visita de Ernest Hemingway a don Pío cuando éste se encontraba ya en su lecho de muerte. Esta es «la madre del cordero» de lo que se dice en el bochornoso artículo que ocupa tres páginas de «Destino». El párrafo del libro de que se queja Castillo Puche es el siguiente: «... tuve el aviso de que Hemingway quería hacerle una visita. Advertí al que me comunicó esto de que el tío no co-

nocia a nadie. Hemingway se presentó con Castillo Puche, que había tenido algún roce conmigo y con mi hermano, y con un fotógrafo. La combinación no me hizo gracia, la verdad». De «Injusto, inexacto y mezquino» califica el acompañante de Hemingway el párrafo de Julio Caro y dice que fue él mismo quien llamó varias veces al sobrino de don Pío para advertirle «de la visita de Ernesto». ¿Y el fotógrafo? En el artículo se publican tres fotografías. La muy famosa de Hemingway junto al lecho de muerte de don Pío, otra en que el escritor americano está sentado en el sillón de Baroja y una tercera en la que aparece Hemingway entrando en la casa de Ruiz de Alarcón con Castillo Puche, colocado éste a su lado de una manera forzada para aparecer de frente y ser reconocible en la foto.

Pero este deseo de figurar como introductor de Hemingway en casa de don Pío y de luchar contra lo que él llama «la conspiración del silencio en torno a mi gestión» no tendría mayor importancia si no fuera porque el autor del artículo aprovecha la ocasión para despacharse contra la familia de don Pío con acusaciones que más parecen los improperios de una cuñada enfurecida que los alegatos de un escritor. ¡Qué tono! ¡Qué reproches! Sin duda que el artículo de Castillo Puche hará las delicias de los costumbristas! ¡Y todo por no haber valorado Caro el papel que el articulista afirma haber jugado en la famosa visita! O el hecho, que también menciona el «cicerone» de Hemingway, de haber sido él quien se lo presentó a varios escritores españoles el día del entierro. Pero estas desafortunadas y ridículas acusaciones sobre el trato que don Pío recibió de su familia en los últimos años, no son nada al lado de lo que Castillo Puche tiene a bien escribir sobre el entierro de Baroja en el cementerio civil. Aquí entramos ya en el reino de la demagogia barata. La decisión de enterrar a su tío en el cementerio civil fue tomada por Julio Caro en un noble y valiente gesto de respeto por la coherencia de toda la vida de Baroja. Ruego al lector que relea la hermosa página de «Muerte sobre muerte». Y a este propósito, ¿qué cosas dice el sensiblero Castillo Puche, el fementidoregonador de las «Verdades sobre la muerte de don Pío!» ¡Rastacueril, provinciano, desgraciado y tristísimo artículo! ■ LUIS CARANDELL.



Pío Baroja.



Américo Castro.

teniendo a mano las notas, íntimas desde luego y escritas en caliente, que el 19 de agosto de 1937 tomara Azaña de una conversación habida con un Albornoz entonces penitente. En fin, que España sí será un «enigma histórico», pero hay españoles, como Albornoz, que no resultan nada enigmáticos.

#### DESMEMORANDO A BAROJA

Es este un año de centenario barojiano. Para suerte de su memoria dejó don Pío una familia que, en lo que puede, lucha por impedir los asaltos a la significación singular de su persona y de su obra. Y digo en lo que pueda, porque me consta que Julio Caro Baroja no se rebajará a impugnar las afirmaciones que sobre su conducta con su tío lanza Castillo Puche en un artículo que, sorprendentemente, publica «Destino» el 19 de agosto. El articulista descubre el abandono casi criminal en que, según él, claro está, murió el autor de «El árbol de la ciencia». ¿Por qué no hizo oportunamente la denuncia? O vuelta la pregunta del revés: ¿por qué la formula ahora? No por compasión, puntual o morosa, sino por autoconmiseración. Resulta que Julio Caro, en su libro «Los Baroja», dice que Castillo Puche no le «hace gracia». Y lo que al «desgraciado» le saca la pluma de los quicios de toda elegancia es que, al no nombrarle con todos sus apellidos como anunciante de la visita que Hemingway haría a don Pío, intenta Caro la «eliminación» histórica de un protagonista (sic). De haber sabido el ilustre etnólogo en qué cifra Castillo sus protagonismos, no dudo que hubiese explicitado más su intervención. De poco más que de pan vive el hombre. «Los Baroja» es un libro de memoria, género cuya exactitud no pertenece, a pesar del articulista de «Destino», a la misma familia que la que debe exigirse a un libro de investigación. ¿Importa mucho que Caro, investigador escrupuloso en otras publicaciones, se equivoque al decir que Hemingway bajó el féretro de su tío, cuando, según otros testimonios, no fue así? Puestos a ser puntillistas, ¿por qué no revela Castillo la identidad y profesión de aquel fotógrafo que pudo vender por medio mundo la imagen del Premio Nobel americano

junto al lecho de Baroja? (Porque de esto de fotos de moribundos o enfermos ilustres sabe él un rato largo. Hace tiempo oí contar a un Ricardo Gullón indignado cómo nuestro adelantado de la piedad a cumplir con los que agonizan había fotografiado atrozmente a un Juan Ramón que agonizaba en Puerto Rico.) De todos modos no me extraña que Caro tampoco le preste a las cosas de Hemingway en España atención excesiva. No se movía por su mundo. Ernesto (¡qué bien queda!) no conocía, según Castillo, por aquel entonces más escritores de nuestro país que Rafael García Serrano, Rodrigo Royo y Marino Gómez Santos. Sólo en el entierro de don Pío le fueron presentados (perdón: le fueron presentados por José Luis Castillo Puche) Ridruejo, Marías, Cela, Aldecoa, Sastre y algunos otros.

En cuanto a que Baroja fuese enterrado en el cementerio civil, mi primera sorpresa surge ante la sorpresa de tono trascendentalista de Castillo Puche. ¿Por qué contraponen el cementerio civil al cristiano? En el primero reposan muchos cristianos bajo el signo de una cruz en la que no creyeron a través de la Iglesia católica. ¿Quién fue el periodista que insistió cabe don Leopoldo Eijo, obispo que era de Madrid, para que se capa de académico se personase en el domicilio del moribundo? Bien sabría ese periodista, la personal antipatía que el novelista sintió por el prelado. Don Leopoldo, por cierto, dio entonces una respuesta que, tal y como suena, y prescindiendo de cómo se pronunciara, es correcta y respetuosa: «Yo no voy. Que muera como ha vivido». Porque el enfrentamiento con el misterio, señor Castillo Puche, es cometido de toda una vida y no necesariamente de un apresuramiento final, y su aceptación no tiene por qué suceder sólo en el seno sacramental de la Iglesia católica. Don Pío se las hubo con el misterio a través de la melancolía y de un cierto redencionismo con que trata a sus personajes. Así, por ejemplo, escribe en un ensayo: «No se me ocurren más que dos indicaciones que podrían llenarse en el caso patológico del golfo: una, terapéutica: educarle; otra, higiénica: ahorcarle». ■ JESUS AGUIRRE.

# La Capilla Sixtina

## «PUERTA DE LAS LILAS»

Encarna ha vuelto de sus vacaciones europeas. Las pasó en compañía de un joven casi perfecto. Tan perfecto era que la muchacha le dejó plantado en plena Dalmacia, en una playa cuyo nombre no recuerda, aunque, eso sí, las arenas eran de color malva.

—Era un Inquisidor, don Sixto. Y un rollo. Una tiene su cultura y su ética. Pero el tío ese parecía un banco de cultura y de ética. Le soltabas el estímulo: Bolivia, y de su cerebro salía un informe completísimo sobre la infra y la super, y todo lo demás.

—¿La infra y la super?  
—La infraestructura y la superestructura.

—¿Y qué es todo lo demás?  
—Pues, más o menos, las condiciones subjetivas de Bolivia.

—¿Qué tal están?  
—Tirando a mal.

Pero Encarna ha notado que yo estaba algo triston.

—Está usted triste, don Sixto, y eso que se ha pegado un verano bastante bueno con sus amigotes «los intelectuales». De playa en playa y de tertulia en tertulia. Se deben haber puesto morados criticando a Diego Ramírez o quejándose del «mal de España», como si les estuviera viendo y oyendo. ¿Qué pasa, don Sixto? ¿Le duele España?  
—Nunca me ha dolido. Estoy algo afectado por la muerte de Juju.

—¿Algún primo de Sartre, un héroe búlgaro de la resistencia contra los comanches o qué especie de «mito ético» o «estético» de su promoción?

—Algo de mito era Juju. Un mito confuso o tal vez la palabra esa: ambiguo. Eso es un mito ambiguo. Para mí representaba la ternura popular por el débil y la participación en la creación del artista cercano.

He tenido que contarle a Encarna que me refería a la muerte de Pierre Brasseur, el inmenso actor francés que encarnó en la pantalla la figura de Juju, el amigo entrañable de Georges Brassens en la película «Puerta de las Lilas».

—¿Y cómo participaba Juju en la creación artística?

—Escuchaba. Escuchaba las canciones de Brassens y se iba por las tiendas a robar latas de foie gras para que el artista estuviera inspirado y tocara para él. Es una lástima que no conozcas la película. Casi todo el cine de René Clair ha envejecido, porque en el fondo sus películas no son otra cosa que

zarzuelas con un cierto gusto. Pero «Puerta de las Lilas» aún resiste como testimonio de la cultura de barrio, de una cultura interesante que se dio en casi todas las ciudades europeas desde comienzos de siglo hasta la segunda guerra mundial.

Encarna no estaba muy decidida a transigir con René Clair. En un cine-club ha visto «Mujeres soñadas» y le ha parecido la apología del onanismo.

—¿Y qué tiene de malo?  
—¡Don Sixto! ¡Que estamos en mil novecientos setenta y dos y la juguetería ha progresado mucho!

Bucea en el poco profundo pozo de sus recuerdos y encuentra otra película de René Clair, que naturalmente la indignó como a un buzo. Se trata de «Las maniobras del amor».

—¿Cómo se indignan los buzos, Encarna?

—Da igual. Pero la película esa era indignante. Mujeres pasivas, pasivas. Hombres apuestos y conquistadores. Lo único bueno de la película era el actor francés. No recuerdo su nombre...

—Gérard Philippe.

Se ha marchado Encarna y yo me he quedado definitivamente hecho polvo. Ya no sólo por la muerte de Pierre Brasseur, de Juju; sino por la evidencia de que mis mitos envejecen conmigo y yo muero un poco con ellos. Encarna no recuerda el nombre de Gérard Philippe, un hombre que extasiaba a las muchachas de hace quince años, un actor que componía la maravilla del tipo humano central de «Los orgullosos». Es curioso, pero el mito del desarraigado de «Los orgullosos» y los inapetentes y plácidos marginados de barrio de «Puerta de las Lilas» alcanza el valor representativo de los años cincuenta. Como una resaca de la guerra: los héroes en descrédito y los horizontes cortos.

Tal vez Encarna tenga razón. Tal vez Juju sea en parte la representación psicológica e histórica de la impotencia de buscar el camino del paraíso —llámese Nepal—, la revolución, la riqueza, el poder, la gloria. Pero nosotros, yo al menos, tenemos una deuda de gratitud con héroes, como Juju, que nos echaron encima el agua fría de su poquedad asumida cuando nosotros llegábamos armados de adolescencia y verdades absolutas, con la cartera escolar casi todavía llena de palabras terminadas en *dad* y en *on*. Auténtica droga. Se lo aseguro.

SIXTO CAMARA